

THE PHYSIOLOGY AND PATHOLOGY OF MIND (1867)¹

El espíritu y el sistema nervioso

E. Maudsley

La afirmación de que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis, enunciada en toda su rudeza, ha sido ridiculizada por unos y recibida por otros con desaprobación y disgusto. Seguramente que no es la expresión exacta de los hechos; puede admitirse desde luego que el cerebro es el órgano principal del espíritu, sin aceptar por eso la defectuosa comparación que asimila las funciones del cerebro a una secreción material. La confusión depende en este caso, como en los demás casos, del doble uso de la palabra secreción para designar el acto secretorio y su producto, o lo que es lo mismo, los cambios moleculares e insensibles y sus resultados materiales. Comenzaremos por manifestar con la mayor claridad posible lo que entendemos por alma o espíritu.

I. Considerado desde el punto de vista científico como una fuerza natural, el espíritu no puede ser observado ni tratado como si fuera un cuerpo palpable; a semejanza de la electricidad, la pesantez o cualquiera otra de las fuerzas naturales, el espíritu no puede apreciarse más que por los cambios materiales que son causa y condición de sus manifestaciones. En efecto, hoy no es posible negar que a cada manifestación mental corresponde una modificación correlativa del substratum material, y que todo fenómeno mental es, por lo tanto, el resultado dinámico de alguna modificación química, molecular o nutritiva de los elementos que constituyen los centros nerviosos; pero se trata de sustancias, cuya naturaleza química es muy compleja y casi completamente desconocida, pues a pesar de lo mucho que se ha trabajado para analizar el sistema nervioso y del conocimiento perfecto que tenemos de sus elementos químicos, sabemos muy poco respecto a la manera según la cual están agrupados y combinados estos cuerpos en los elementos nerviosos histológicos. Sin embargo se ha llegado a averiguar lo siguiente: los compuestos en cuestión son muy complejos, muy poco estables, y como contienen carbono e hidrógeno en gran proporción, son muy oxidables. Es probable que en la sustancia nerviosa se efectúe una síntesis química, mediante la cual los materiales nutritivos conducidos por la sangre se convierten en sustancias albuminoideas, muy complejas y muy poco estables, dotadas de una gran tensión de fuerza latente, que se convierte en fuerza viva en el momento de su descomposición funcional. [...]

Es indispensable, si queremos evitar la confusión y el error, formar definitivamente un concepto exacto y claro de lo que entendemos por fuerza mental y del lugar que ésta ocupa en la naturaleza. Las diferentes definiciones del espíritu que han formulado los filósofos, no han esclarecido nada esta cuestión; según Descartes, "el espíritu es la substancia cogitans"; según Reid, "lo que piensa, razona y quiere"; según Sir W. Hamilton, es "el sujeto de los diversos fenómenos internos, de los cuales tenemos conciencia, o el sujeto cuya conciencia es el fenómeno general, o lo que percibe, siente, quiere y desea"; según A. Bain, es "la suma total

¹ La presente traducción del texto de Maudsley fue tomada de: Sauri, Jorge J. (1969). *Historia de las ideas psiquiátricas* (385-388). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Carlos Lohlé.

CLÁSICOS DEL PSICOANÁLISIS

de experiencias subjetivas o lo que no tiene extensión”. Pero ¿qué es la sustancia que piensa? Lo que piensa, razona y quiere. ¿Qué es el sujeto cuya conciencia es el fenómeno? El sujeto de las experiencias subjetivas, y así sucesivamente.

Abandonemos estas vagas abstracciones, y consideremos el hecho concreto con todo el detenimiento posible; respecto a este particular, el fisiólogo no puede contestar más que una cosa, y es que la sustancia en cuestión es el cerebro y no una fantástica entidad metafísica, acerca de cuya existencia no hay ninguna prueba, y que no hay necesidad de suponer hipotéticamente. En su concepto, semejante hipótesis es completamente inútil, teniendo en cuenta que no se funda en hechos. Por la observación de los fenómenos psíquicos, en cualquier lugar o bajo cualquiera forma que éstos se manifiestan, por la experiencia, por el razonamiento, en una palabra, por todos los medios de que puede disponer para llegar al conocimiento de lo que nos rodea, y que ha empleado en las demás investigaciones científicas, el fisiólogo ha llegado a adquirir el más absoluto convencimiento de que el espíritu no existe en la naturaleza independientemente del cerebro. Siempre que ha tenido ocasión de observar al espíritu, lo ha visto unido al cerebro, de la misma manera que en todas sus observaciones ha encontrado la gravitación unida a un cuerpo pesado. Jamás ha visto la afinidad química sin elementos, la vida sin materias orgánicas, ni el pensamiento sin tejido nervioso. Para él, el espíritu no es otra cosa que un término general, que indica lo que la conciencia percibe en esas diversas formas de actividad cerebral, que se designan con los nombres de pensamiento, sentimiento y voluntad. El considerar al espíritu como una fuerza que existe independientemente de la materia, aunque manifestándose por modificaciones de ésta, es tan absurdo como querer considerar la gravitación o la electricidad como fuerzas separadas de la materia, pues no tenemos más datos para conocer a aquéllas que las modificaciones que en ésta se producen; ningún hombre cuerdo intentara desarrollar la inteligencia de un niño prescindiendo por completo de su nutrición. Pero hay muchos que no tienen la menor idea de lo equivocados que están al creer que pueden exigir del fisiólogo, dedicado al estudio de las funciones mentales, datos más completos y más minuciosos acerca de la verdadera naturaleza del espíritu, que los que se poseen sobre las demás fuerzas de la naturaleza, burlándose de él no les da una explicación satisfactoria. No contentos con los esfuerzos que hace el fisiólogo para descubrir la sucesión uniforme de los antecedentes y de los consecuentes, insisten para que explique cómo y por qué tal o cual consecuente sucede a su antecedente, qué es tal o cuál estado cerebral. Si consideraran en justicia hasta dónde alcanzan sus conocimientos respecto a las demás fuerzas de la naturaleza, verían cuán injusto e inoportuno es el que pretendan que el fisiólogo les explique la naturaleza del espíritu”. [...]

La mejor concepción esquemática que en nuestro concepto podemos formarnos respecto al mecanismo de la ideación es la siguiente: un circuito nervioso que reúne a la célula o al grupo de células de cada uno de los centros perceptivos; una corriente de actividad lanzada en ese circuito sería la percepción o la idea del objeto; esa corriente sería excitada siempre que obrara una corriente apropiada sobre un punto cualquiera del circuito; sin embargo, la excitación no sería eficaz sino al conmover uno de los puntos de reunión de las células, o, por decirlo así, una de las “estaciones” formadas por la célula o el grupo de células pertenecientes a uno de los centros perceptivos comprendidos en el circuito. De este modo se explicaría físicamente el hecho psicológico de que se despierta la idea de un objeto por cada una de las sensaciones de que se compone. Hay que añadir que cuando se despierta una idea mediante un solo sentido estando sobrentendidas las percepciones de los demás sentidos asociados, sin llegar a ser actuales, puede admitirse una especie de estado subactivo de sus células de unión, que no obran más que como simples continuaciones del circuito y no como instrumentos perceptivos o receptivos, pues no llegan a este caso sino mediante un estímulo más intenso. Volviendo a nuestra anterior comparación, podemos decir que son estaciones en las que no se detienen los trenes directos, pero en las que otros trenes se detienen siempre, y en las cuales puede ser

CLÁSICOS DEL PSICOANÁLISIS

detenido todo tren en caso de necesidad. Esta suposición está conforme en un todo con lo que sabemos respecto a la tan frecuente conversión de actividades nerviosas, que en un principio eran conscientes, en actividades puramente automáticas.

Cuando nos elevamos del percepto al concepto, o sea de la abstracción de muchas sensaciones a la abstracción de muchas percepciones, de una simple representación de representaciones múltiples, combinando en una idea general lo que tienen de común muchas ideas y desechando aquello en que esas mismas ideas difiere, es muy necesario, para explicarnos este mecanismo, imaginar agrupaciones de circuitos nerviosos todavía más complicados. Podemos figurarnos un circuito más elevado y más complejo en el cual los circuitos de las ideas simples adquieren a su vez el carácter de unidades y se conducen por lo tanto, como las células de unión de los centros perceptivos se conducían respecto al circuito de la idea simple. En estos circuitos superiores, la corriente de actividad estaría en disposición de ser despertada por cada uno de los circuitos más sencillos asociados; del mismo modo que la corriente del circuito sencillo es apta para ser despertada por la excitación aislada de cada uno de los centros perceptivos asociados, y presentaría en este caso la misma facilidad para llegar a ser automática a fuerza de repetirse mucho. Las representaciones en este circuito más elevado están, por decirlo así, representadas. Multipliquemos estos plexos entrelazados en razón de la multiplicidad de las ideas, asociémoslo con los plexos motores correspondientes de las circunvoluciones anteriores, y concebiremos así la necesidad del mecanismo infinitamente complicado de fibras y de células que forman las capas corticales de los hemisferios.